

Sans Castaño.
-1900-



ZIPET & BORT

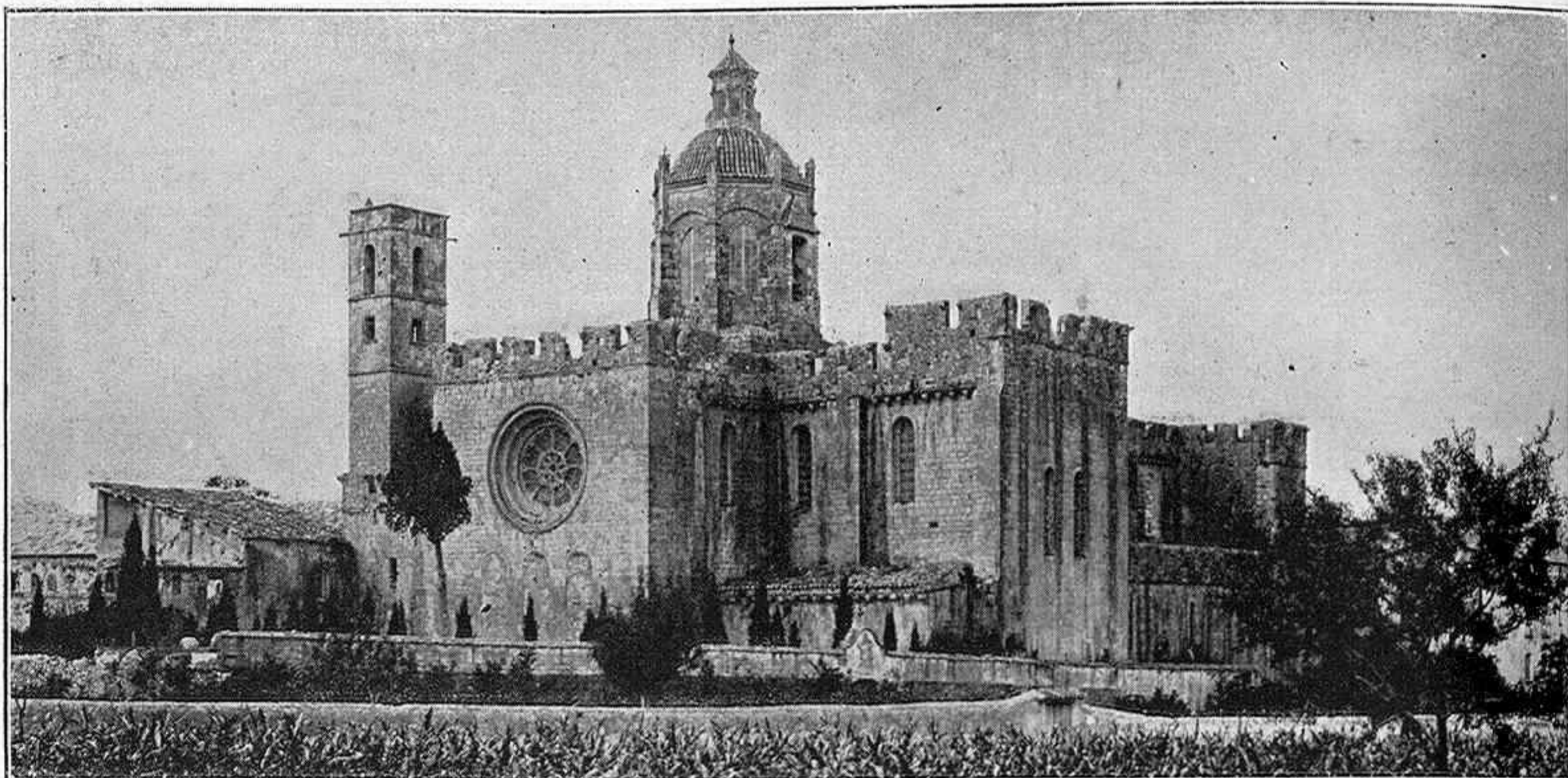
NÚM. 13



LEYENDAS Y TRADICIONES

SANTAS CREUS (TARRAGONA).

ENTRE las muchas preciosidades artísticas que, casi ignoradas ó con menos fama de la merecida, existen en España, figura el monasterio de Santas Creus, situado á 28 kilómetros de Tarragona y cuya fundación se remonta al año 1158. Pocos monumentos del estilo ojival le igualan en número y calidad de joyas del Arte, si bien muchos le superan en celebridad, pues pasa con los edificios lo que con los hombres: los que hacen más



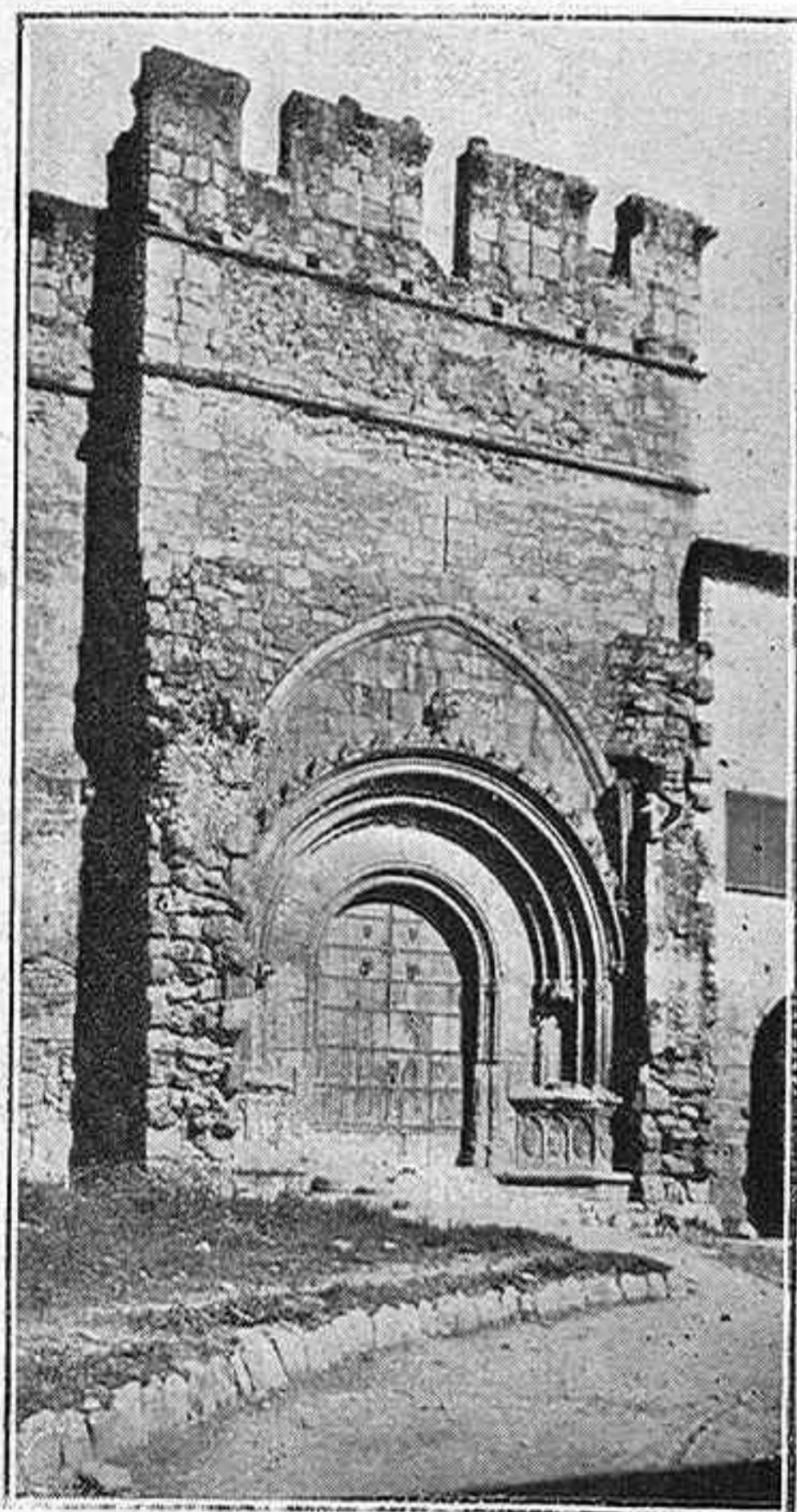
VISTA GENERAL DEL MONASTERIO.

ruido no son los que valen más. Y también se parecen hombres y monumentos, en la influencia que en ellos ejerce la suerte: casi por el mismo tiempo en que, con gran justicia, alarmábanse las gentes por el incendio del monasterio del Escorial y era este siniestro objeto de una interpelación en las Cortes, durante la *Gloriosa*,

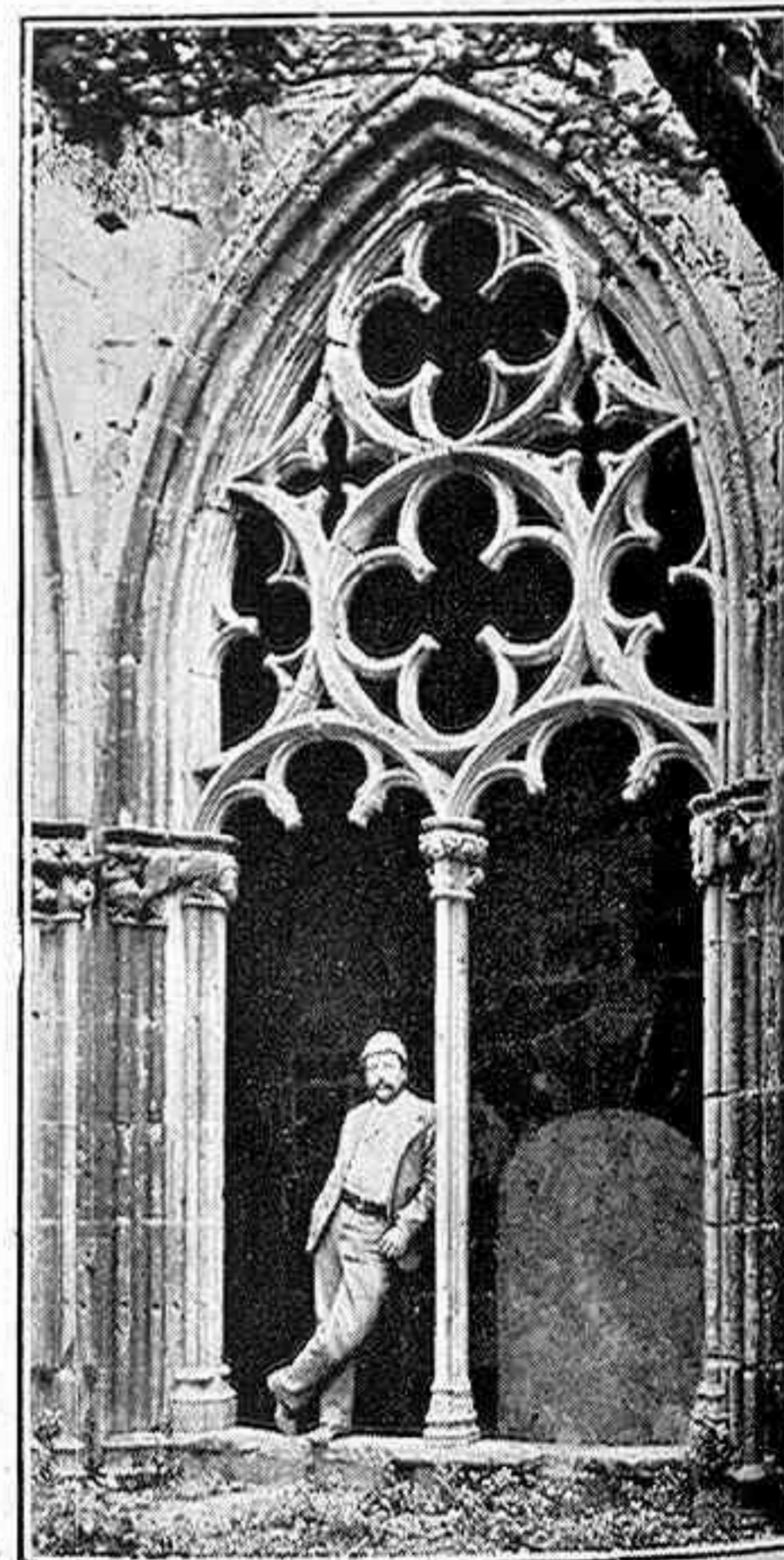
cometíase con el cenobio de Santas Creus la incalificable salvajada de convertirlo en presidio interino, sin que contra los que tomaron semejante acuerdo se alzara voz alguna pidiendo que figurasen como *pupilos* del hermoso edificio.

Pero dejemos este asunto; prescindamos asimismo de la descripción del monasterio que encierra las tumbas de Pedro III *el Grande* y de Jaime II y vengamos al terreno propio de esta serie de artículos. Entre multitud de sepulcros, casi todos de gran mérito, existe en la nave del Este del claustro principal de Santas Creus, el panteón que guarda los restos de don Miguel y don Galcerán de Pinós, marqueses de Barbará, y de otros individuos de su familia; y debe suponerse que fué el don Galcerán, de los primeros que disfrutaron el privilegio de ser enterrados en aquel santo asilo de cistercienses, si se ha de dar crédito á la leyenda que va unida á su nombre.

Refiere el historiador Pujades en el octavo tomo de su *Crónica universal de Cataluña*, que en una expedición contra los moros, verificada en 1147 y en la que tomaron parte catalanes, castellanos, navarros y genoveses, logróse un señalado triunfo plantando el estandarte de la cruz en la ciudad de Almería, aunque no sin experi-



ENTRADA AL CLAUSTRO.



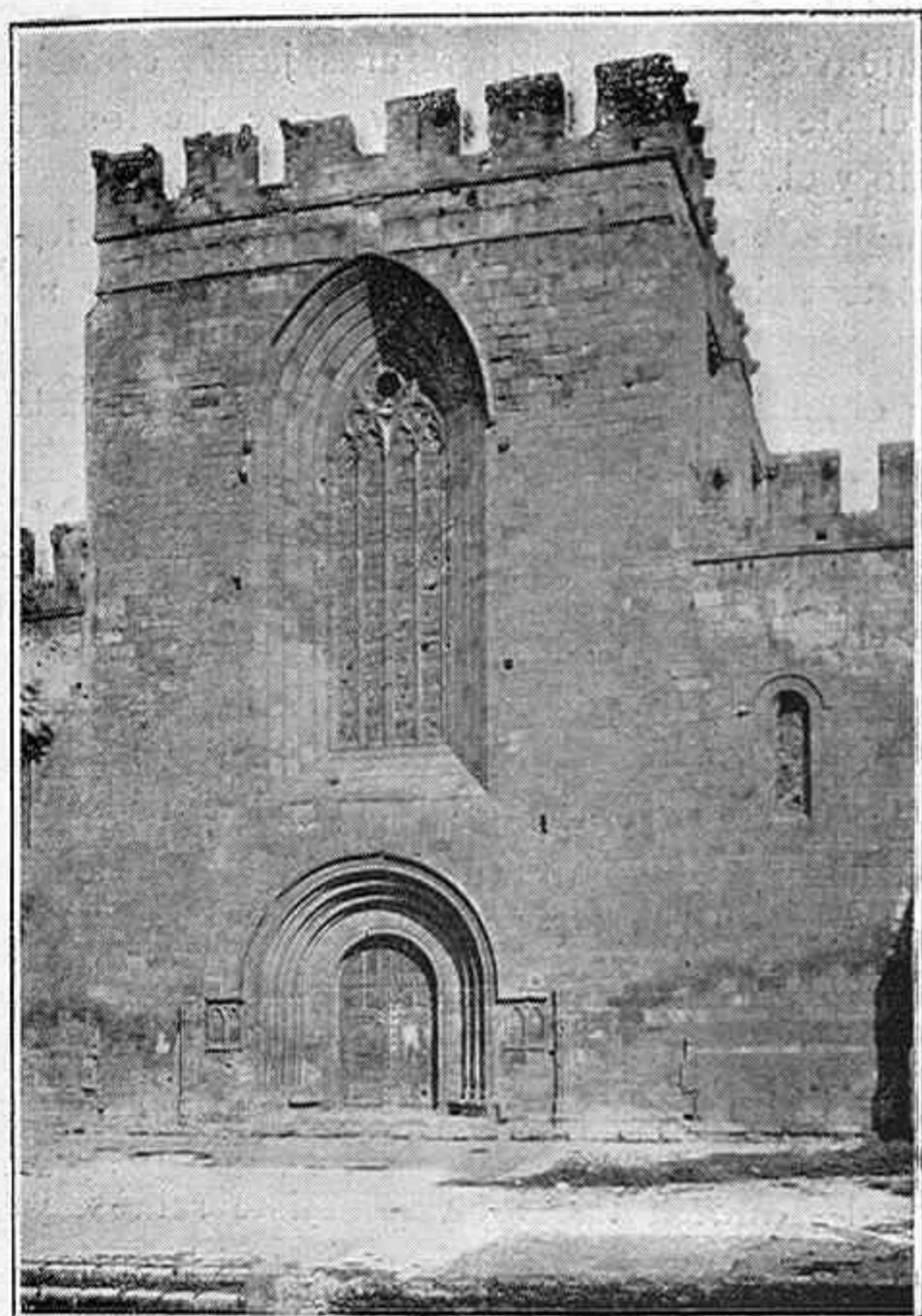
DETALLE DEL CLAUSTRO.

mentar sensibles pérdidas, entre ellas las del almirante de Cataluña, don Galcerán de Pinós y su fiel amigo el caballero Sancerni, señor del castillo de Suyl, á quienes al principio se dió por muertos. Practicadas luego algunas investigaciones, á petición de don Pedro Galcerán de Pinós y doña Berenguera de Moncada, padres del almirante, averiguóse que éste y su amigo hallábanse cautivos, cerca de Granada, en poder de un moro muy principal. Entonces el conde Ramón Berenguer, que estimaba mucho al primero de los presos, envió una embajada al Rey granadino, pidiéndole la entrega de ambos, mediante rescate.

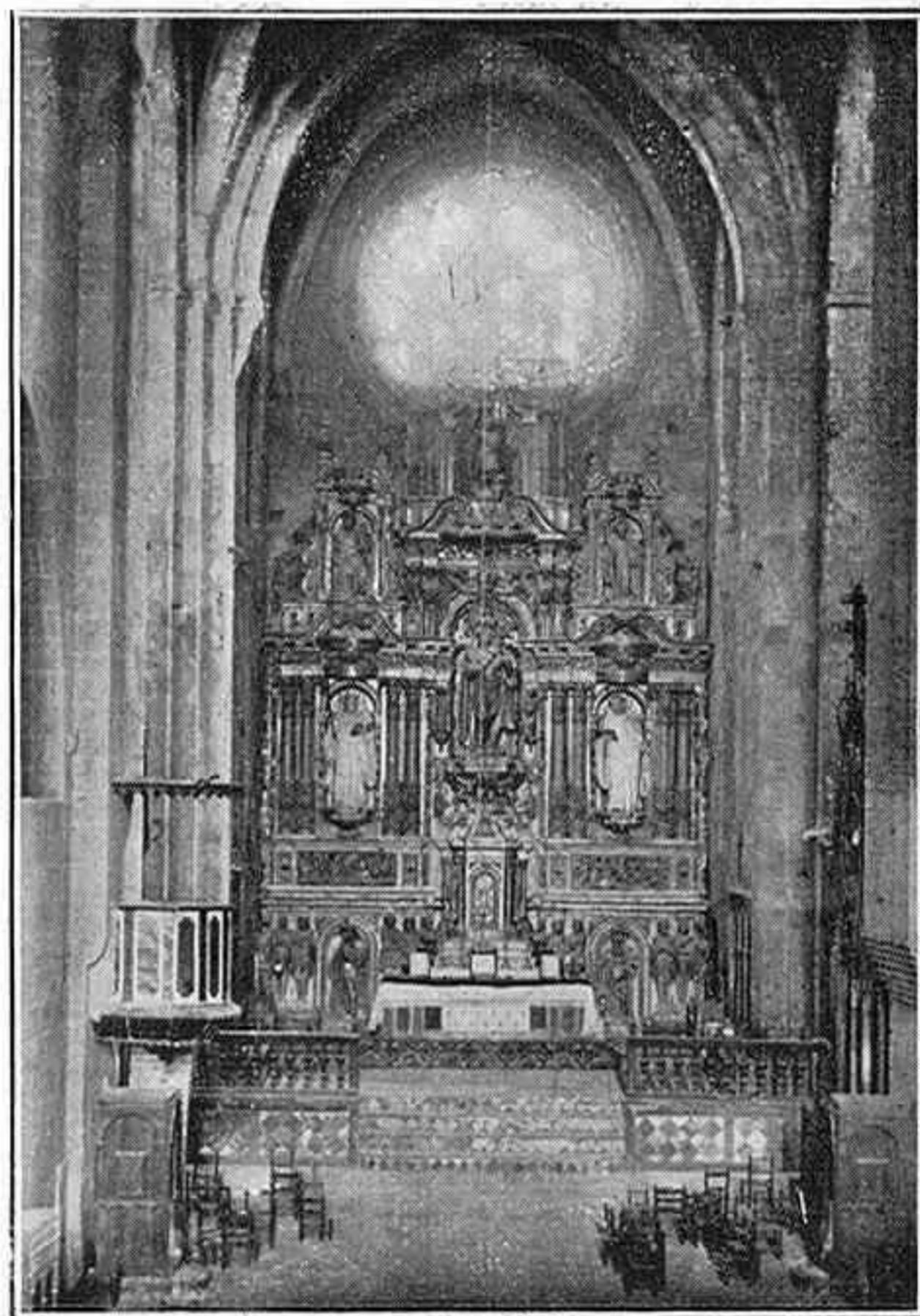
El mahometano, al enterarse de quiénes eran los prisioneros, reclamólos para sí y los encerró en lóbrega cárcel, situada en el mismo solar donde se alzó luego un convento de carmelitas descalzas; hecho lo cual, contestó á Berenguer que exigía, á cambio de los dos cautivos, cien doncellas cristianas, cien mil doblas de finísimo oro, cien caballos blancos, cien paños de brocado de oro de Tauris y cien vacas bragadas. Tamañas exigencias tenían consternados al conde y á los padres de don Galcerán, cuando he aquí que se presentaron á éstos los prohombres del pueblo de Bagá, perteneciente al señorío de Pinós, y les manifestaron que se comprometían a entregar las cien doncellas, pues habían acordado que el vecino que tuviese dos, entregase una; el que poseyese tres ó cuatro, diera dos, y los que sólo una tuviesen, echaran suertes entre sí para ver quién había de quedarse sin ella. De este modo la libertad del almirante, era sólo cuestión de dinero, que no había de faltar al conde y á los marqueses. Estos negáronse al principio á aceptar tamaño sacrificio; mas los insistentes ruegos de los de Bagá vencieron toda resistencia.

Entretanto, he aquí que, llegada la víspera de la invención del cuerpo del protomártir San Esteban, don Galcerán hincase de rodillas en su mazmorra, y ruega al santo que le libre de su cautiverio; y el santo se le aparece, y le saca de la prisión, sin quitarle las cadenas. Pídele entonces el almirante, que libre también á su amigo, y San Esteban responde que invoque éste á su patrono. Sancerni hace oración á San Dionisio, que á su vez le da libertad. Al amanecer del siguiente día, encontráronse ambos ante una choza de pastores, y encamináronse á ella. Allí supieron que se hallaban cerca de Tarragona. En esto vieron salir de una encrucijada mucha gente y gran número de acémilas que se dirigían al puerto de Salou; preguntaron qué significaba aquello y se les respondió que era el rescate del almirante de Cataluña. Don Galcerán, con lágrimas en los ojos, exclamó:—Hijos míos, yo soy el almirante y aquí tenéis á mi fiel compañero Sancerni.

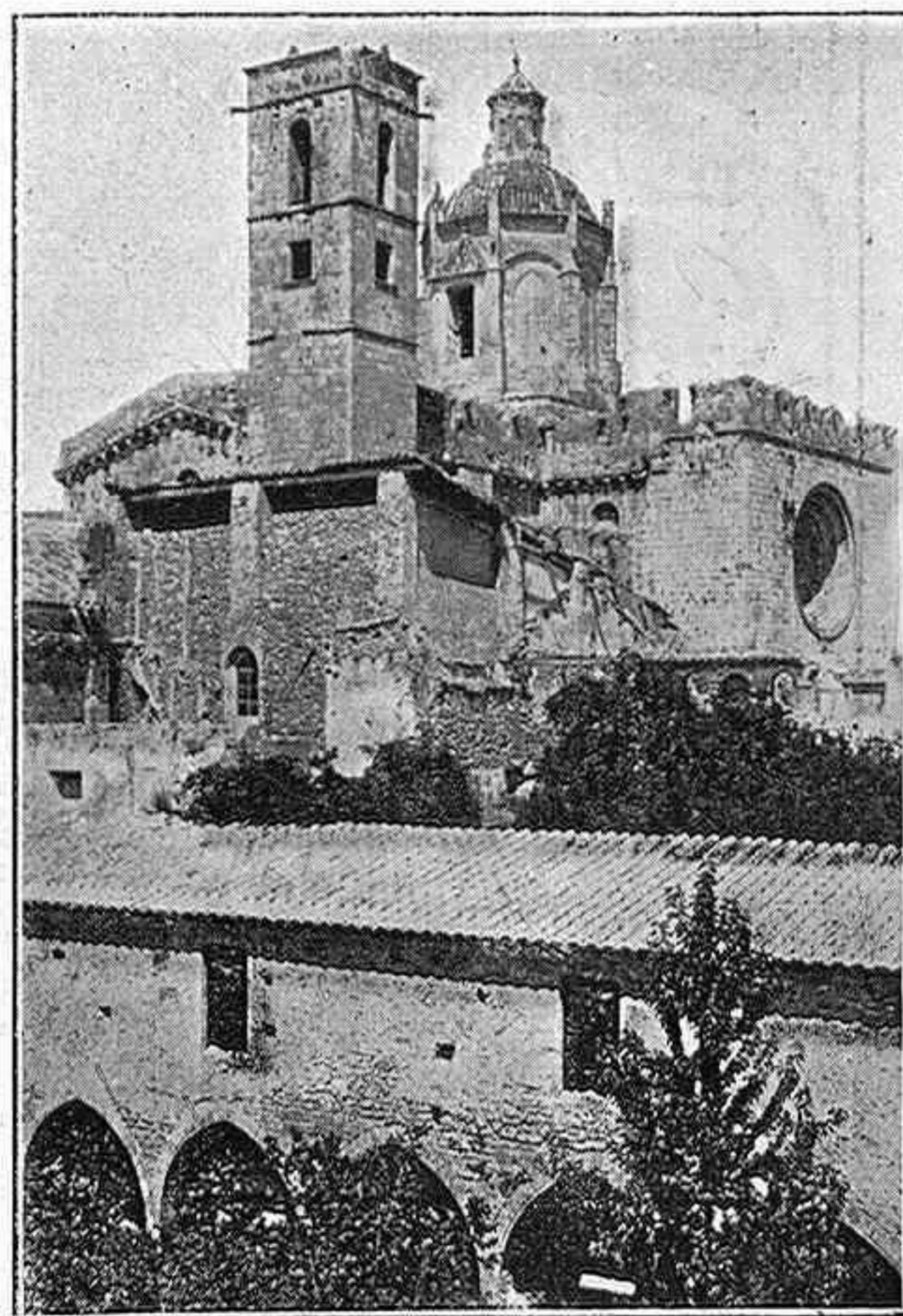
Con tan feliz hallazgo, retrocedió la comitiva á Tarragona y de allí fueron á Barcelona, donde el conde y los padres del almirante distribuyeron las cien mil doblas entre las cien doncellas, hicieron ricos dones á los prohombres de Bagá y otorgaron grandes privilegios á los leales vasallos de su señorío. Todo, pues, acabó en bien, que es como mejor pueden acabar las cosas.



FACHADA DE LA IGLESIA.



ALTAR MAYOR.



CLAUSTRO ANTIGUO.

EDUARDO BLASCO

LOS DOS SIGLOS

¿Qué hiciste tú, siglo que mueres?

Tú forzaste la naturaleza á reproducirse en el fondo de una cámara obscura y dejar impresos los más fugaces fenómenos: el aleteo del águila, la luz del relámpago, la nave que la tempestad levantó al cielo y precipita al abismo.

Tú, apoderándote de la electricidad, la hiciste fuerza, luz, sonido, agente de salud, visión de lo invisible. Por ella en minutos transmitiste, aun á través del proceloso Océano, el humano pensamiento.

Tú rompiste istmos, uniste mares, y por el buque de vapor y la locomotora acercaste los más apartados territorios.

Tú abriste la tierra y escudriñaste y descubriste su lejana historia.

Tú liquidaste el aire á temperaturas jamás conocidas, y revelaste la identidad que hay entre el color del aire líquido y el azul del firmamento.

Tú, levantando al cielo la boca de gigantes telescopios, viste nebulosas y astros que otros siglos no vieron.

Tú, por el análisis espectral, revelaste que es una la constitución del Universo.

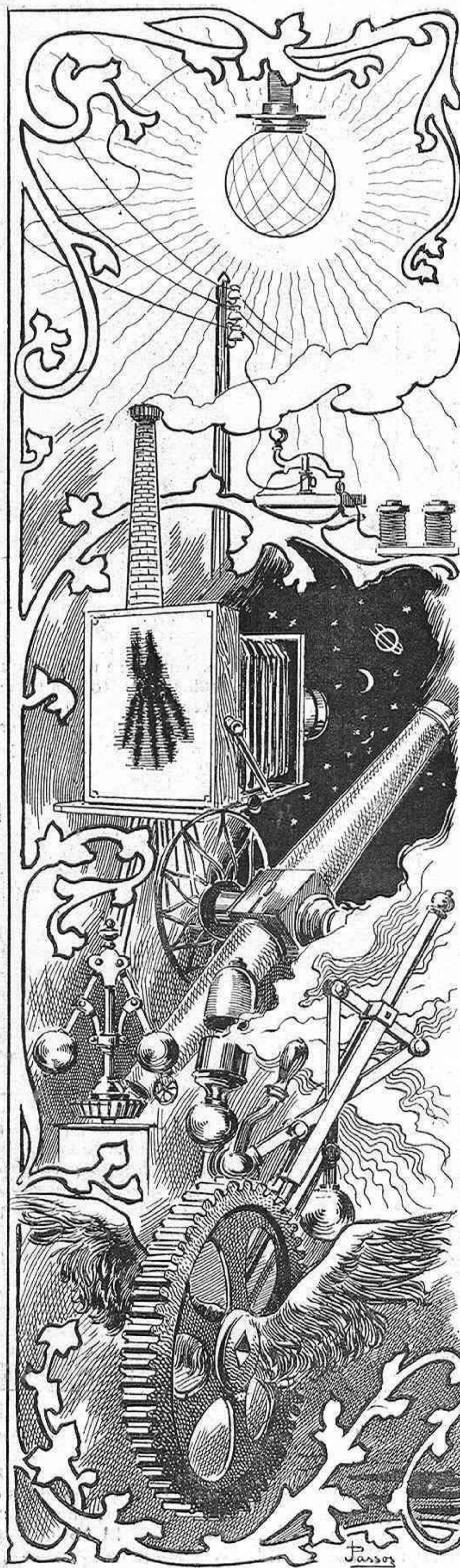
Tú ahondaste en la Historia, y de lo que no había sido sino relación de sucesos hiciste una serie de cuadros de la vida humana.

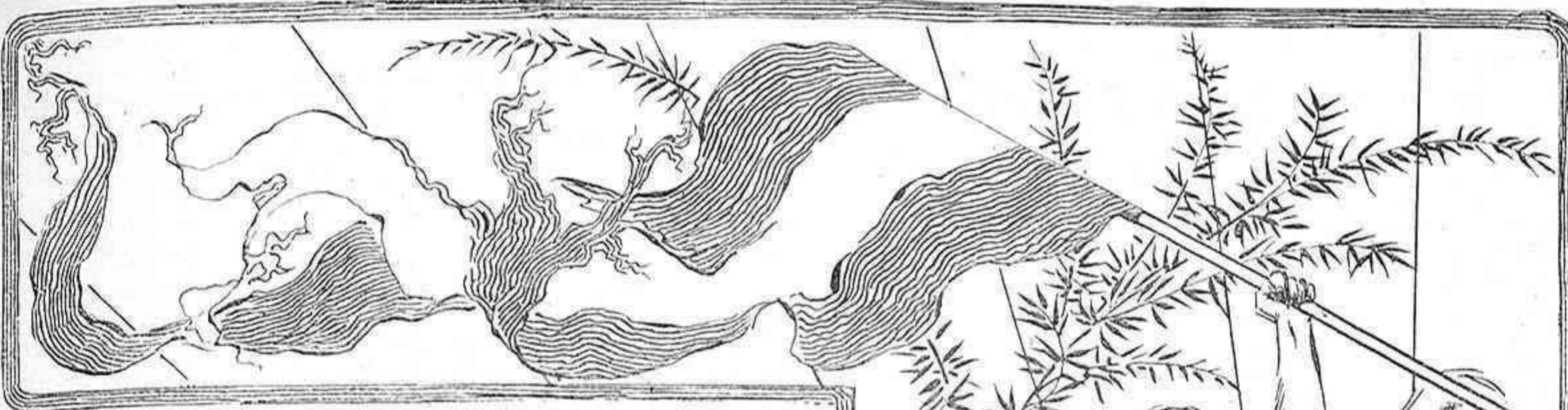
Tú luchaste por la libertad sin que te arredrasen ni las derrotas ni la perfidia de sus enemigos.

Rota, ensangrentada y oscurecida por las nieblas de la superstición y el fanatismo, está hoy la bandera á cuya sombra combatiste; pero aquí queda para que el nuevo siglo la recoja y la lleve con brío á las esclavas gentes.

Mas ¡ah! tú también esclavizaste pueblos. Llevaste por Europa la bandera tricolor y sometiste reinos, ya á la República, ya al Imperio. Resucitaste á la antigua Grecia; pero no á la infeliz Polonia, descuartizada poco antes de que tú nacieras por bárbaros reyes. Redimiste la América latina; pero repartiste en cambio el Africa entre ambiciosas naciones. Alejaste un día los pasos de Rusia en el camino de Constantinopla; pero no salvaste á Turquía, amenazada de disgregación y muerte.

Provocaste hace treinta años un duelo entre los germanos y los galos, y á los germanos diste la victoria. ¡Ay! desde entonces no tienen límites los armamentos





de mar y tierra, crece con furor el afán de conquista y prevalece como nunca la fuerza. Hipócrita la hiciste: aquí domina con el nombre de protectorado, allí con el de arrendamiento: un arrendamiento de tierras y hombres.

Te vas dejando en el mundo la guerra y la discordia. Truena el cañón en las repúblicas del Africa del Sur y en el Archipiélago filipino, que luchan heroicamente por su independencia. Inútilmente Krüger, el anciano jefe del Transvaal, va por Europa implorando la mediación de las potencias en favor del derecho; las que no se niegan á oírle, no se atreven ni á darle esperanzas.

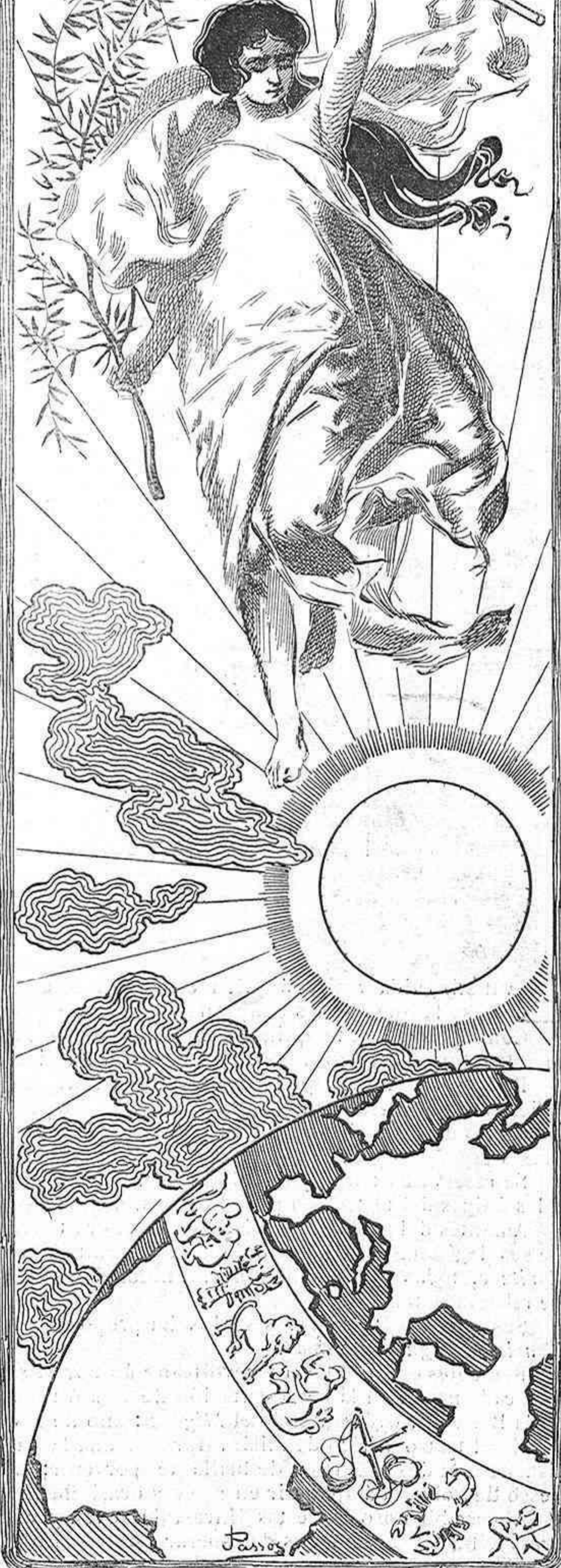
Aun á la república que fundó Washington desviaste de su camino y la llevaste por sendas de perdición y ruina. A las puertas del imperialismo la pusiste, y en las miras de Inglaterra la hiciste entrar invocando el espíritu de raza.

¡Qué germen de futuras y terribles guerras! Afortunadamente, al paso que avivaste en el corazón de los jefes de las naciones el afán de dominio, sembraste en el de los pueblos el amor á todo nuestro linaje. Claman ya los pueblos por que se borre las fronteras que los separan y se alce un Poder que los rija todos, y resolviendo por la justicia los conflictos que los perturben, ponga término á la guerra. Ven ya muchos que la libertad sin la igualdad es ilusoria, y la desigualdad, mientras subsista, ha de ser manantial perenne de discordias y disturbios, y piden á voz en grito que se ciegue el foso entre los que, trabajando, viven muriendo, y los que, sin trabajar, viven gozando.

¡Oh! tú siglo xx, que bajas á la tierra entre el fragor de los combates, sostenlos por la libertad de los pueblos oprimidos, por la redención de todo género de esclavos, por la igualdad de todos los hombres; nunca en favor de la servidumbre ni de la tiranía. Por el bien, no debes jamás rehuirlos; por el mal, ni debes aceptarlos ni dejar de abatir al que lo apoye ó lo fomenta. Empuña la desgarrada bandera que te deja el siglo que expira, llévala á todos los confines de la tierra, apiña en torno suyo á la hoy dispersa humanidad y acércala al cumplimiento de sus destinos. Haz de los hombres, hombres: hombres de inflexible voluntad, de firme corazón y de sano entendimiento, que cultiven la ciencia y sólo por la libertad desnuden sus espadas. Por el amor has de unirlos.

F. PÍ Y MARGALL

Orlas de J. Passos.





MARÍA BARRIENTOS

La distinguida artista á quien consagramos esta página puede vanagloriarse, con legítimo orgullo, de ser acaso la que en más temprana edad ha conquistado el envidiable título de primera tiple de ópera.

Contaba solamente quince años cuando su profesor en nuestro Conservatorio de música, el malogrado maestro don Francisco Bonet, presentóla al público barcelonés, en la escena de Novedades.

De la ovación que aquella noche se la tributó guardan todavía gratos recuerdos los amantes del divino arte, quienes vieron desde luego en la tierna niña una esperanza, convertida bien pronto en realidad; pues su nombre es ya uno de los mejores alicientes de un cartel, como lo prueban las frecuentes proposiciones que recibe de empresas españolas y extranjeras.

Se reserva bastante, y en ello muestra ser discreta; pues sobrados años le quedan para entregarse por entero á las fatigas del teatro, no por gloriosas, menos aniquiladoras.

Amantes del esplendor artístico de nuestra tierra, consignamos con satisfacción que María Barrientos es una de sus legítimas glorias. Posée una garganta sin igual para las agilidades, fermatas de efecto, picaditos y *floriture*, todas esas condiciones, unidas á un perfecto estilo en la emisión de la voz, fresquísima, dulce y de relativa potencia á su edad.

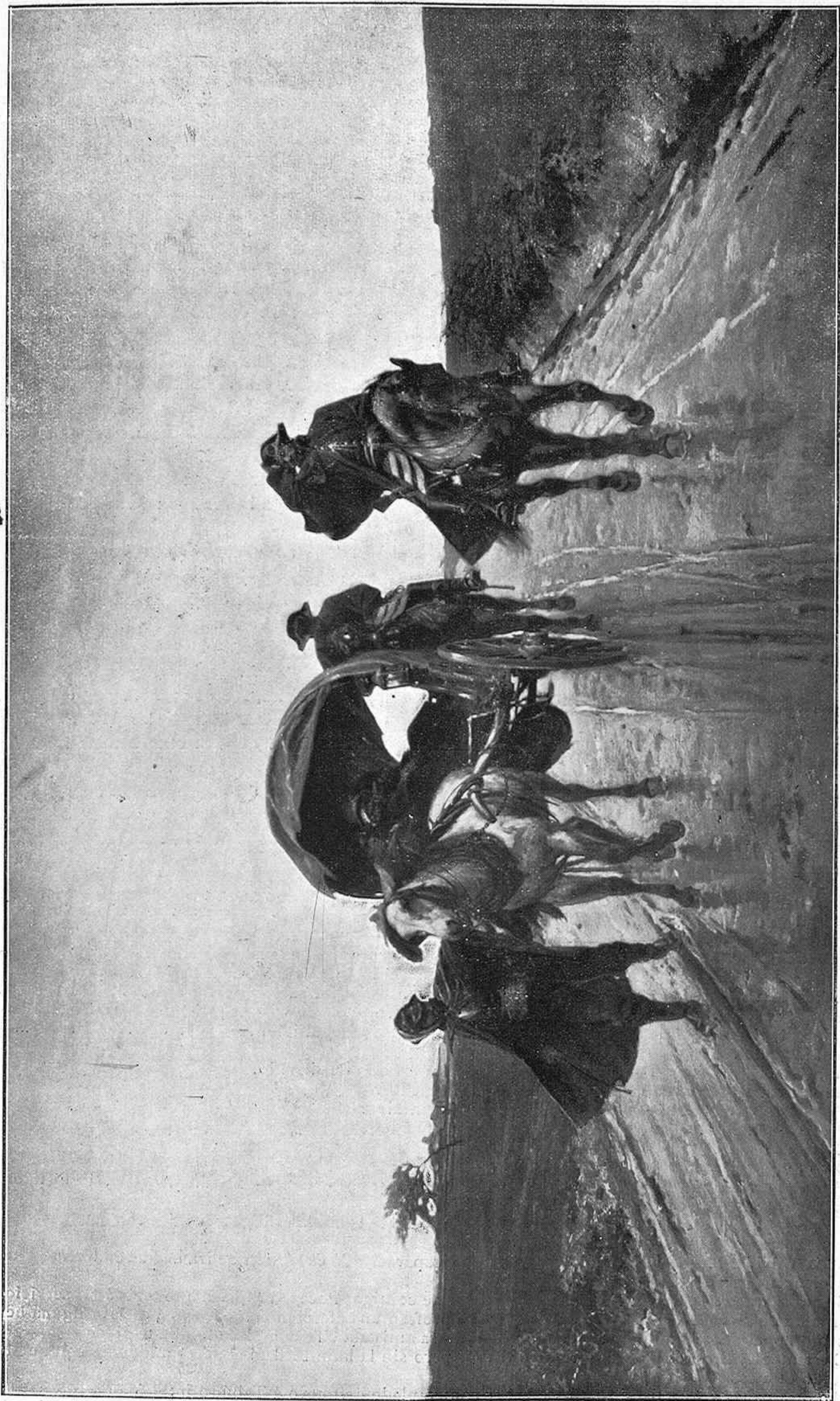
Sus principales triunfos se los ha proporcionado *Sonámbula*, *Rigoletto*, *Lucía de Lammermoor*, *Barbieri*, *Traviata*, *Mignon* y *Lakmé*.

Recientes están todavía y revoltean aún por la sala de Novedades los entusiastas aplausos con que era agasajada cada noche en la representación de esta última ópera, y dignos de mención especial los que, en compañía de la Berlendi, oyó cantando el *Mignon*; uno de los éxitos más grandes que hemos presenciado.

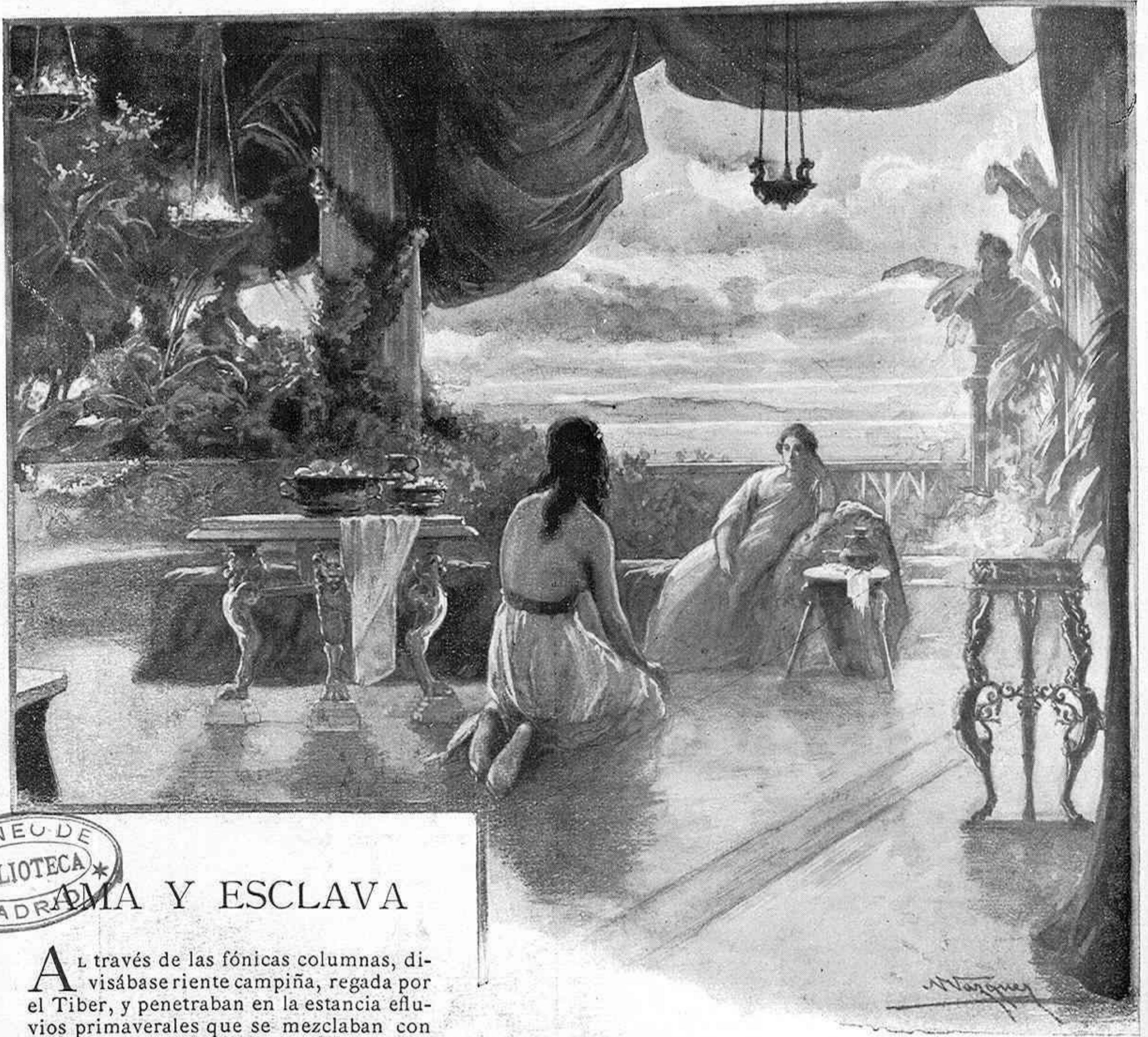
En el teatro Lírico de Milán, durante una larga temporada, ha recibido últimamente la confirmación de artista de grandes alientos y de brillante porvenir; marchando de ovación en ovación y dejando á su partida el deseo de volverla á aplaudir en nuevas ocasiones.

Al escribir nosotros estas líneas, la joven y ya célebre cantante sale para Madrid, contratada por la empresa del Teatro Real, y es de esperar que aquel público inteligente hará justicia á su mérito, dándole al puesto que merece en el honroso cuadro de sus *divas* privilegiadas.

N. SICARD



DE TRÁNSITO.



AMA Y ESCLAVA

A través de las fónicas columnas, divisábase riente campiña, regada por el Tiber, y penetraban en la estancia efluvios primaverales que se mezclaban con el aroma que despedían los perfumatorios, donde se quemaban el benjuí y la mirra.

La hermosa Aurelia, reclinada en artístico *triclinium*, contemplaba con atención á Tabú, la esclava egipcia, que estaba arrodillada.

¡Hermoso cuadro!

Aurelia, con sus blancas vestiduras, su rostro pálido, sus ojos garzos y sus cabellos de suave tinte obscuro, representaba el clásico tipo de la dama romana, bella evocación de melancólica campiña cuando la acaricia el sol al través de la neblina del Tiber: Tabú, con su busto bronceado, palpitante de ardor bajo rosada y transparente gasa, sus ojos de azabache con fulgores ígneos, su rojo tocado y sus multicolores atavíos, era la verdadera hija del Nilo cuando sus aguas, impulsadas por cataratas en ebullición, salpican de añil las rojas márgenes que el sol incendia.

—¿En que piensas, Tabú?—preguntó Aurelia, tras largo rato de silencio.

—¡En mi patria!—contestó la esclava con decidido acento.

—¿No estás contenta en Roma? ¿No estás contenta conmigo?

—Pienso en Egipto.

—En verdad que eres poco complaciente.

—Digo lo que siento.

—¿Y no sabes que tú no puedes sentir ni querer sino lo que yo desee?—exclamó Aurelia, irguiéndose en el *triclinium* con brusco movimiento de ira.

Tabú no replicó, pero su rostro permaneció tan impasible como la esfinge que mira con sus ojos de piedra las abrasadas arenas del desierto.

Aurelia volvió á recobrar su indolente actitud, desapareció la expresión de ira de su semblante, y dijo con cierta violencia, pero con dulce acento:

—Siento lo que te he dicho. No puedo incomodarme contigo. Pocos días hace que estás á mi servicio y eres ya la primera de mis esclavas favoritas. Más aún. Te profeso una afección como jamás á esclava alguna he profesado, como no se siente sino por las personas de nuestra amistad. ¿Te complace lo que te digo?

—Ciertamente. Eres muy buena—replicó Tabú, pero sin la humildad ni el apresuramiento con que hubiera respondido otra esclava.

Hubo otra pausa y Aurelia, después de haber contemplado de nuevo á Tabú, dijo:

—Verdaderamente es extraño lo que contigo me sucede. Te acabo de decir que te profeso excepcional afecto y nada hay más cierto. Cuando me ofrecieron tu compra los mercaderes que te trajeron de Egipto, no tenía yo

necesidad alguna de nuevos servidores, pero te miré y me gustaste tanto que consideré tu adquisición como de mi especial agrado. Después he podido apreciar la altivez de tu carácter, cualidad que te diferencia en absoluto de las demás esclavas, y que si en ocasiones me produce enojo, como hace un momento, no puedo menos de estimarla. Todo esto es cierto, repito. Y sin embargo, cuando te miro, cuando te siento á mi lado, cuando pienso en ti, experimento una sensación extraña. Hay algo vago, inexplicable, misterioso, que parece protestar dentro de mí contra la afección que me inspiras. No es ira por tu actitud altiva, no es que mi dignidad padezca al tolerar tu falta de sumisión, ni al entablar contigo diálogos, como el de ahora, que sólo se tienen con los iguales y jamás con los inferiores. Es lo que he dicho. Algo indefinible, pero parecido á lo que se debe experimentar cuando, á pesar de todo y aún contra la propia voluntad, se siente afecto hacia persona que se comportó mal con nosotros, que nos infirió una ofensa ó un daño. Y esto no es posible en este caso. Acabo de conocerte. Trajéronte unos mercaderes de remotas regiones que me son desconocidas. ¿Qué relaciones puede haber entre mi existencia y la tuya?... ¿Será tal vez un presentimiento del porvenir?

Tabú había escuchado con marcado interés lo que dijo Aurelia y, cuando ésta concluyó de hablar, los hermosos ojos de la egipcia fijáronse con intensa mirada en los de la dama.

Las dos mujeres permanecieron unos instantes como si trataran de fascinarse mutuamente.

—¡Habla, Tabú!—exclamó por fin Aurelia, como si quisiera librarse de una situación angustiosa.

Y añadió, al ver que la egipcia permanecía callada:

—¡Habla! Di lo que piensas sobre lo que acabo de decirte.

—Pienso...—comenzó á decir Tabú, pero se contuvo, hizo un visible esfuerzo y replicó:—Soy tu esclava; no puedo decirte lo que pienso.

—¡Sí!—repuso Aurelia.—Di todo lo que pienses y lo que sientas. En este momento no somos ni ama ni esclava. ¡Dilo!

—¡Pues bien, oye!—exclamó Tabú, relampagueándole los ojos.—Yo también experimento hacia ti una sensación extraña. ¡Yo te odio! No, pero no es esto lo extraño. Que te odie á ti, y odie á los tuyos, y á tu patria, y á los dioses que adoras y á la tierra que pisas, no es extraño; es natural y es justo. Profanados mis templos, mancillado mi país sagrado, ultrajada yo, dueña de palacios como jamás habitara patricio alguno en vuestra miserable Roma, privada del eternal reposo en nuestras tumbas donde vela Osiris,... no puede saber más que odio, odio inmenso, profundo como nuestro padre el Nilo, en mi corazón desgarrado... Pero no, no es esto. El odio que hacia ti siento es más íntimo, más personal; obedece á causas que desconozco, que no acierto á explicarme, pero que existen, estoy segura de ello. Te odio como romana, como perteneciente á una raza de opresores y verdugos; te odio como compradora de mi libertad; pero te odio mucho más por ese algo desconocido, pero terrible... Ya sabes lo que pienso y lo que siento, y ya ves que á las dos nos rodean análogos misterios.

Aurelia se había levantado y sus labios, cubiertos de mortal palidez, pretendían en vano articular palabras. Su corazón palpitaba tan violentamente que hacía ondular la túnica.

En aquel momento entró en la estancia un esclavo, anunciando la llegada de un mensajero que deseaba ver á Aurelia.

Hizo ésta un imperceptible ademán de asentimiento y con gran esfuerzo volvió á ocupar el *triclinium*.

Presentóse el mensajero, que era un legionario, el cual dijo con acento respetuoso:

—Que los dioses te guarden, noble Aurelia.

El centurión Tulio Porcio acaba de regresar á Roma cubierto de laureles y pide tu venia para venir á depositarlos á tus pies.

De mágica manera se transformó Aurelia. Tiñóse de carmín su rostro, irguióse con estremecimientos de alegría, se dibujó en sus labios inefable sonrisa y con acento conmovido por el gozo, exclamó:

—Buen mensajero: di á Tulio que le espero con tanta impaciencia que cada instante que tarde será una ofensa contra Venus. Esclavo: da á este bravo soldado vino de Falerno y di á Corvilio que le llene su casco de oro.

Retiráronse el legionario y el esclavo, y Aurelia, dirigiéndose á Tabú, continuó diciendo:

—Hoy es el día más dichoso de mi vida. Presto; es preciso engalanarnos y engalanar la casa para recibir á mi amado. Prepara mis más ricas vestiduras y mis joyas más valiosas; que mis esclavos todos se apresuren, que se deshojen por los pavimentos vistosas y olorosas flores, que ardan el benjuí, la mirra, el sándalo y el enebro en todos los perfumatorios, que se escuchen melodías... Presto, Tabú. ¡Que Tulio llegue!

Cumplióronse las órdenes con rapidez inusitada.

Aurelia, adornada con el mismo esplendor con que acostumbraba asistir á los más solemnes espectáculos, esperaba ya impaciente en el mismo vestíbulo, rodeada de sus esclavas favoritas con Tabú al lado.

No tuvo que esperar mucho, pues á los pocos instantes encontrábase en brazos de Tulio, arrogante centurión que parecía tan conmovido como ella.

Pasados los primeros transportes, durante los cuales permanecieron alejadas las esclavas, Aurelia, llevando de la mano á Tulio, se adelantó para conducirlo al interior de la casa.



De pronto Aurelia sintió una fuerte sacudida en la mano que oprimía la de Tulio y vió que éste se detenía bruscamente. Al mismo tiempo vió que Tabú con expresión horrible se adelantaba hacia ellos. Impulsivamente, sobrecogida por un terror inmenso, Aurelia soltó la mano de Tulio y dió dos pasos atrás. Entonces Tabú dió un salto de fiera, se abalanzó sobre Tulio y, sacando un estilete que llevaba oculto entre los lambrequines del cinturón, se lo clavó en el pecho.

Tulio cayó sin proferir palabra. Aurelia lanzó un grito desgarrador y se arrojó sobre el cadáver.

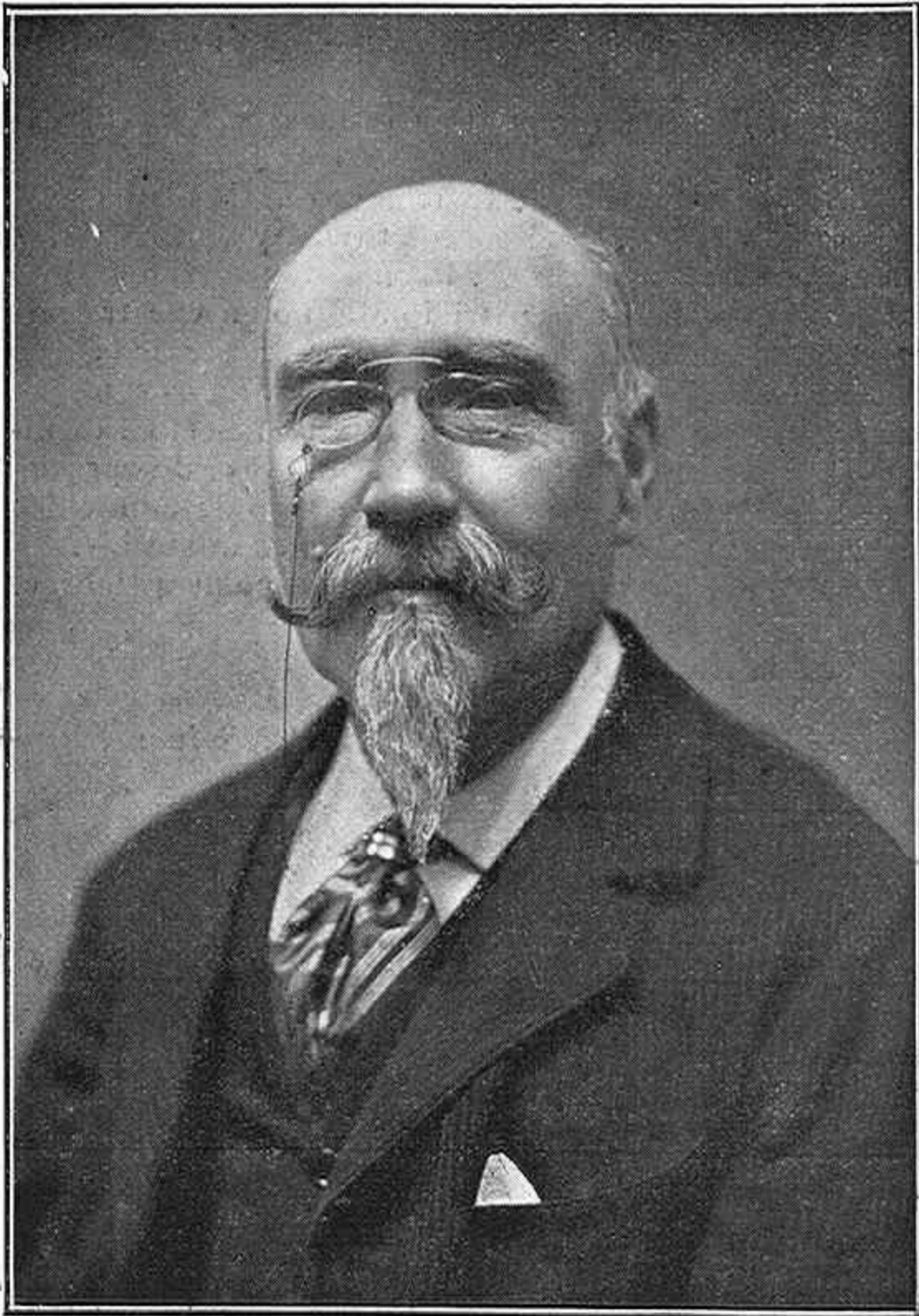
Tabú, blandiendo el arma ensangrentada, exclamó con alegría salvaje:

—¡Por fin! He vivido y he sufrido la esclavitud, solamente con la esperanza de este momento... Ese romano atrevióse un día á ultrajarme á mí, á una egipcia. Estoy vengada... ¡Ah! razón tenías tú, Aurelia, con tus presenciamientos, y razón tenía yo en odiarte... —Pero Aurelia no oyó estas palabras, y mientras sus esclavas se la llevaban medio muerta, los esclavos atraídos por las voces se apoderaron de Tabú.

LUIS DE TERÁN

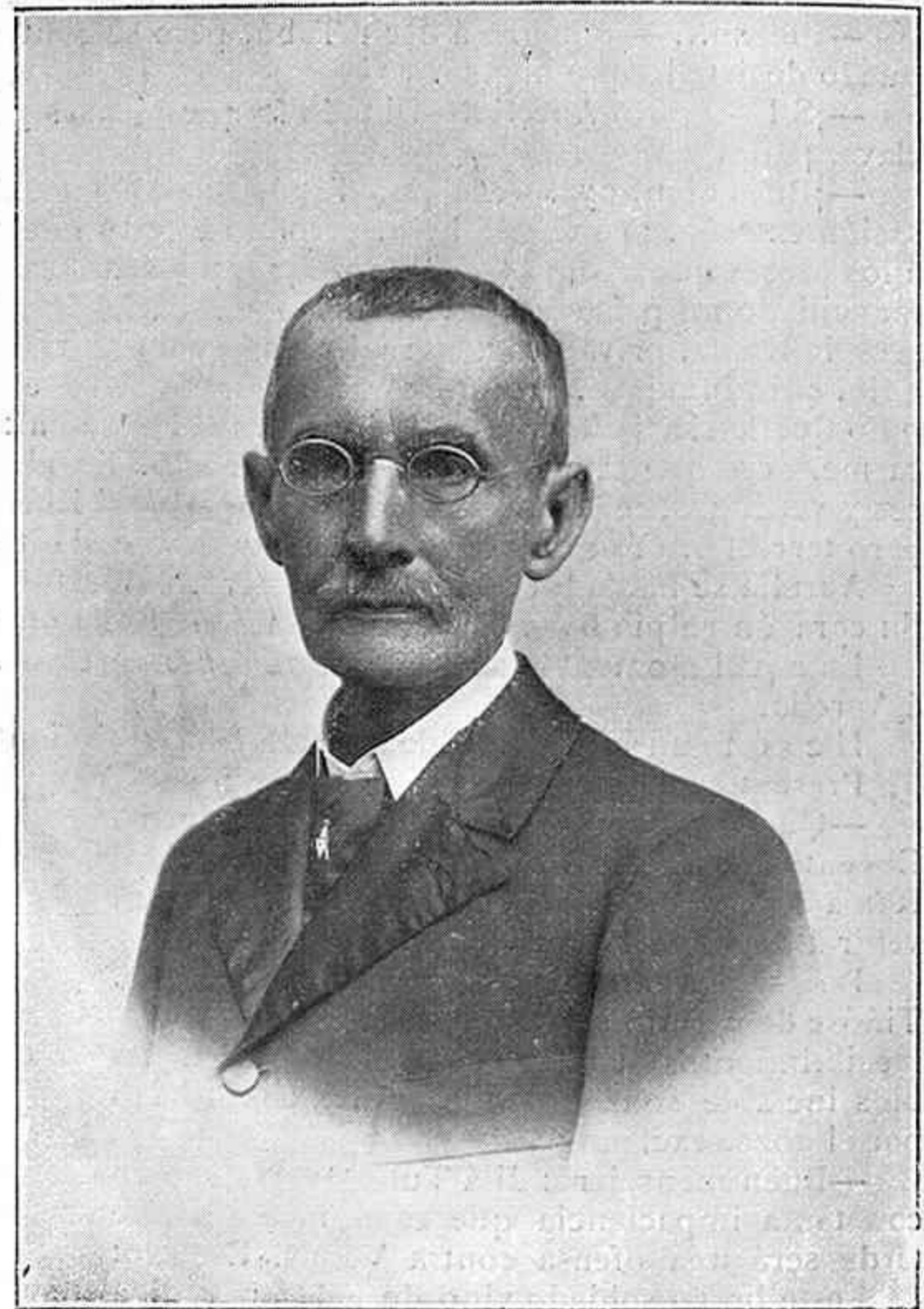
DE AQUÍ Y DE ALLA

NUESTROS COLABORADORES



JOSÉ ECHEGARAY.

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos; gran matemático; inspirado poeta; eminente dramaturgo; notable economista y político; y exministro de Hacienda. Hijo de Madrid, es uno de los más ilustres españoles contemporáneos.



MANUEL ARGÜELLO MORA.

Distinguido abogado y literato costarricense. Exministro de Obras públicas y Gracia y Justicia. Expresidente de la Cámara Civil y Criminal, y últimamente Vocal de la Corte de Casación, en aquella República.

PASATIEMPOS

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Jeroglífico.— Casa editorial
La verdad desnuda
ORTografía
El fuego de San Telmo
¡Victoria!
LaS guardillas
La leyenda del monje
El Reclamo
Nuestra Señora
El Santo de la Isidra
El brazo derecho
La banda de trompetas
La fiesta de San Antón

Jeroglífico comprimido.—Notario.

Charada.— Camarero.

Anagrama.— Don Quijote de la Mancha y Miguel de Cervantes Saavedra.

CHARADAS COMPRIMIDAS

Letra Letra Todo Combustible.

Letra Letra Todo Lunar.

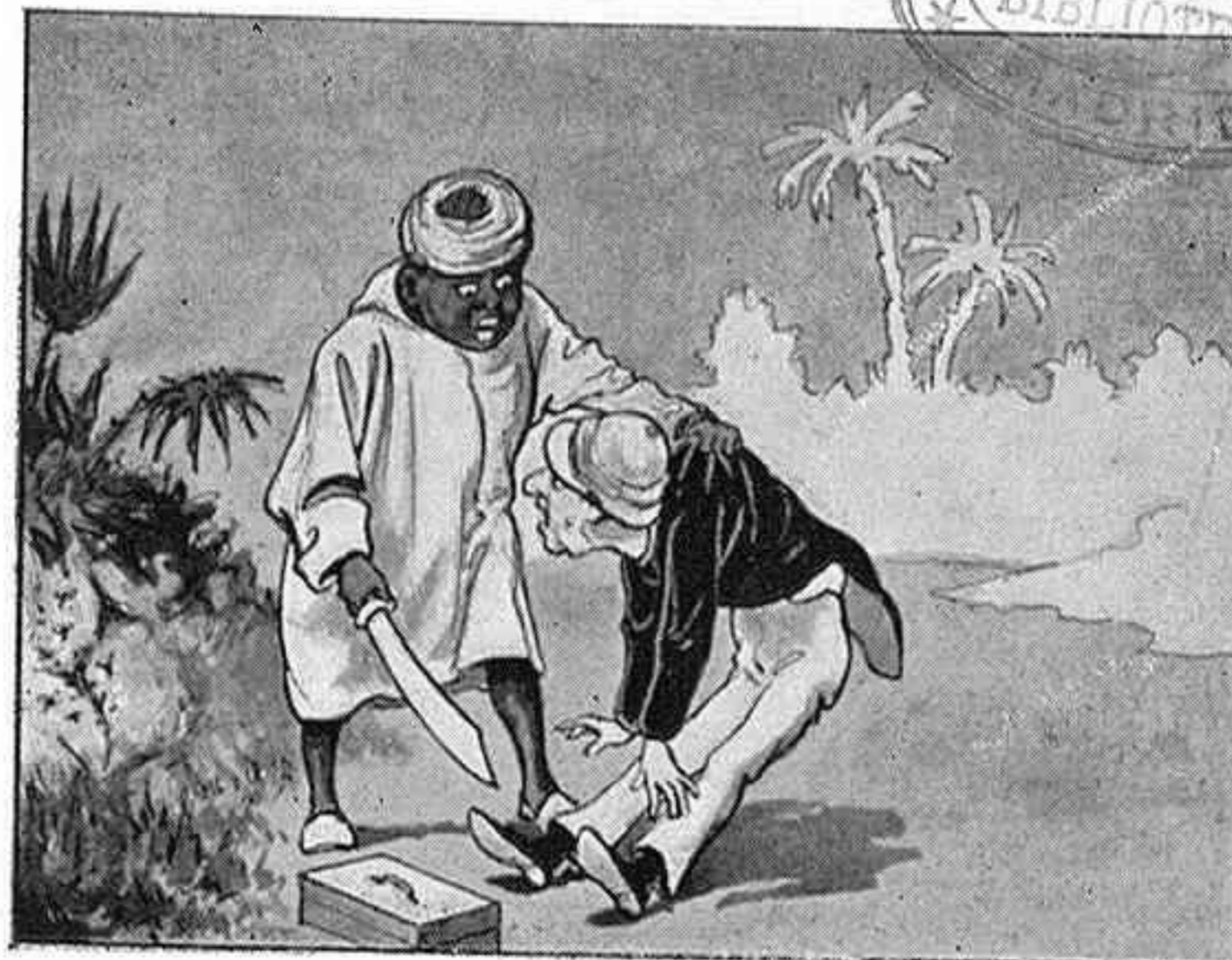
Letras Letras Todo Diosa.

Letra Letras Todo Universo.

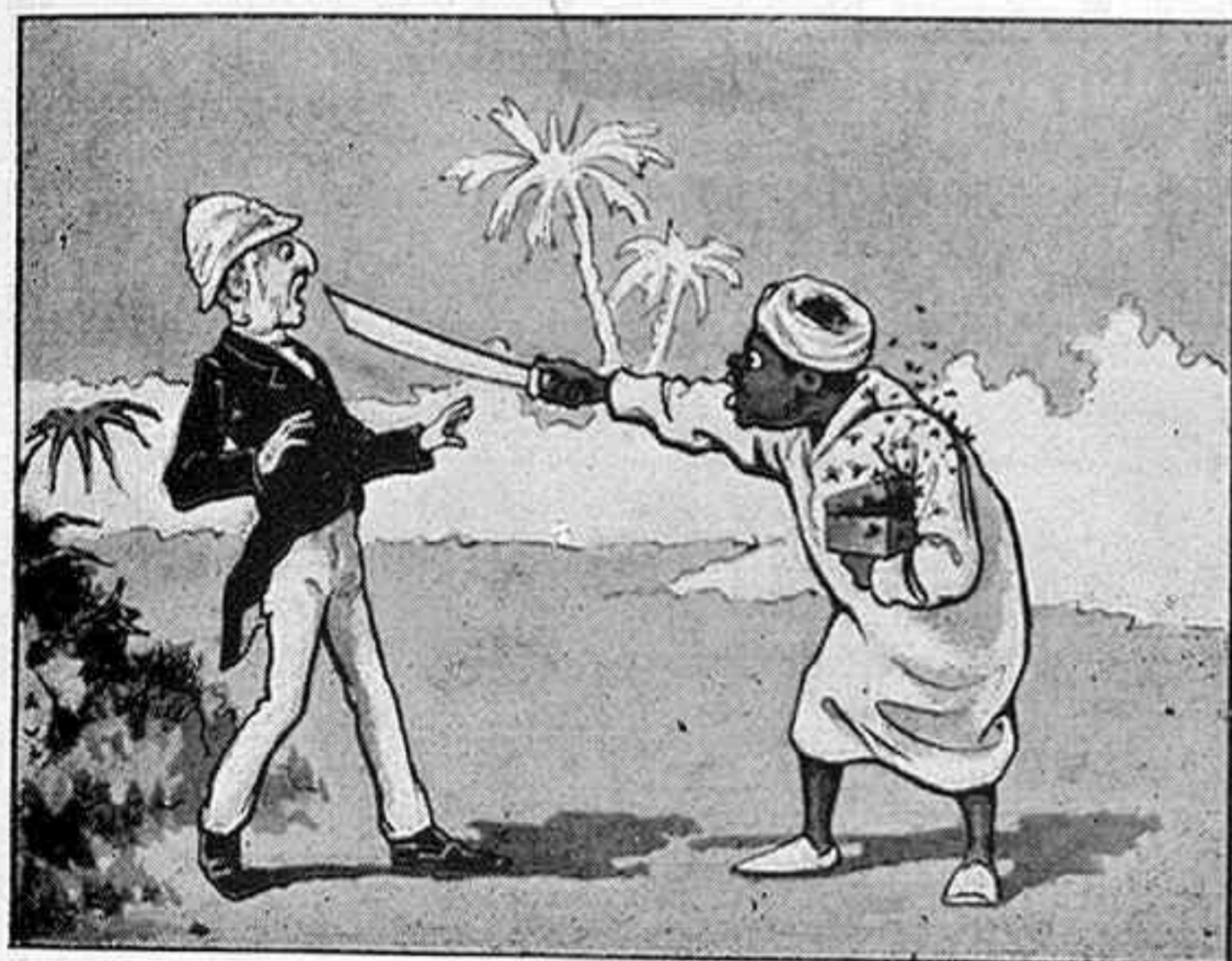
ENRIQUE CAPELLA.



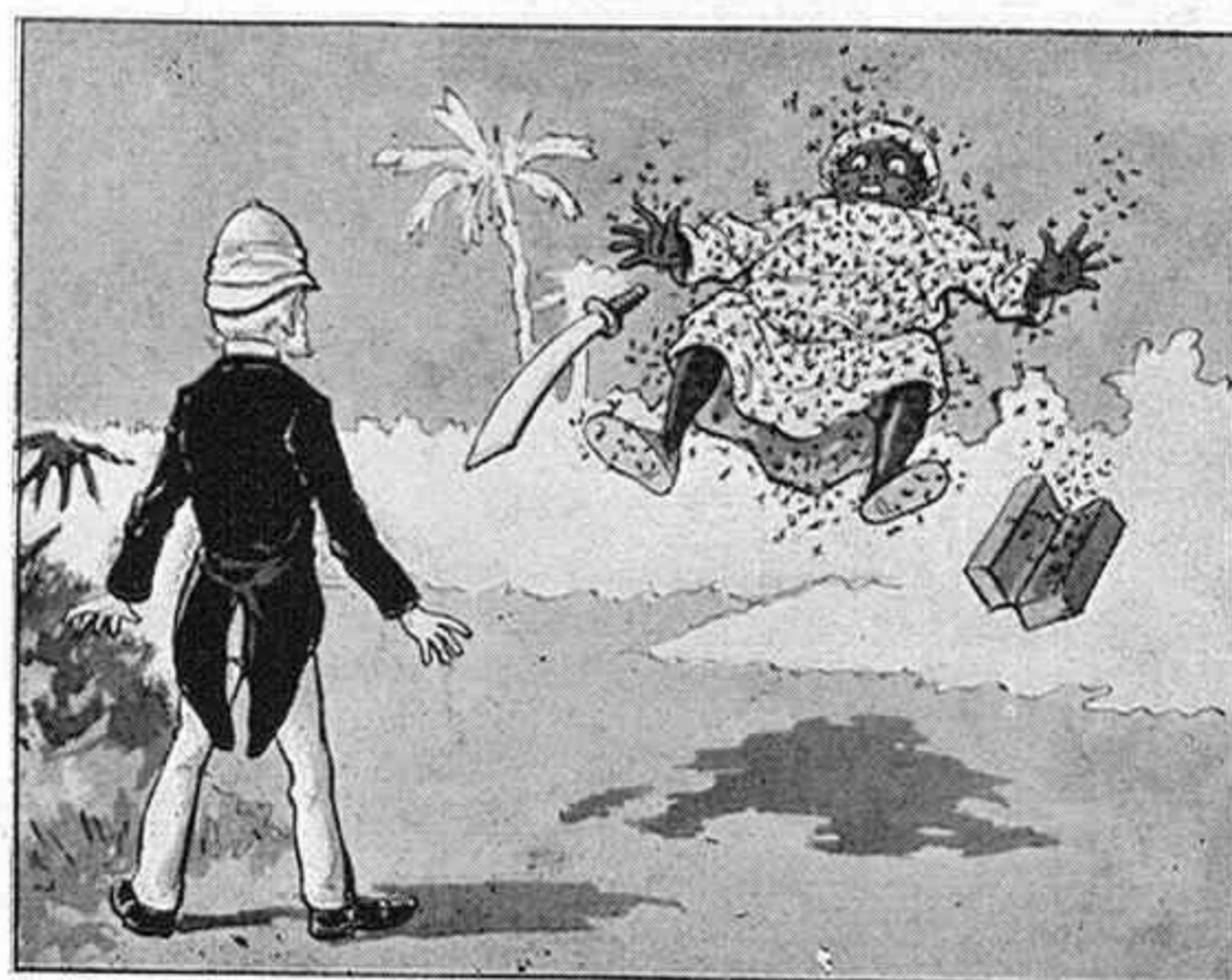
1.—El célebre naturalista Sir Vanslyperken acababa de hallar un insecto rarísimo, ignorando á cuál raza pertenecía: y ya se disponía á completar la cifra de tres mil con su nuevo ejemplar...



2.—... cuando le sorprendió un morazo, que con malos modos le exigió la bolsa.
—Mí no tener, viajar solo con mi caja.
—Pues, bueno; venga tu caja.



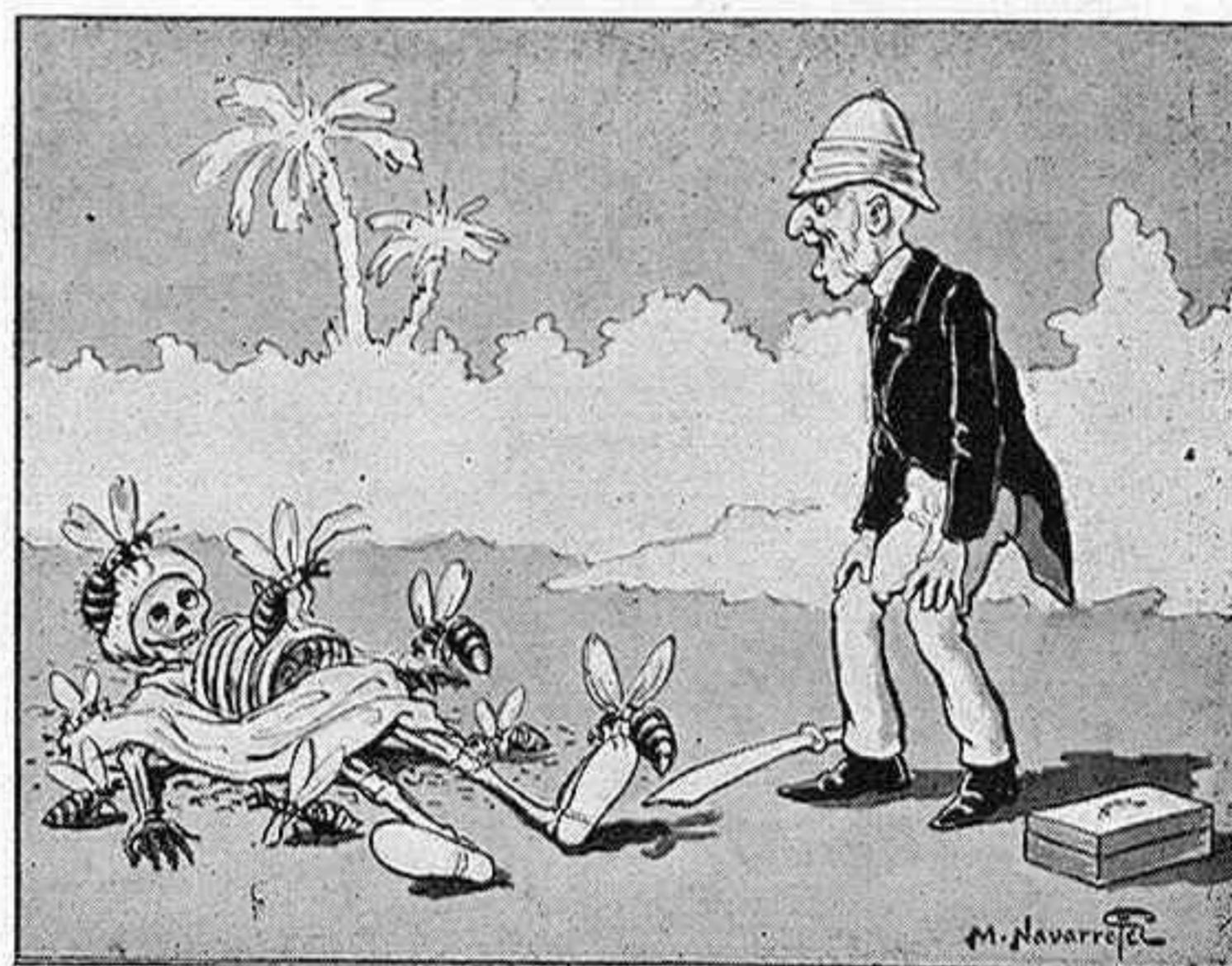
3.—¡Ah good heavens! — replica el inglés, — al llevarte mi caja, te llevas mi alma, mi dicha, mi tesoro...
—¿Tesoro? pues, eso es lo que busco.



4.—En estas discusiones, había permanecido la caja entreabierta, y poco tiempo tardaron en esparcirse los 3,000 insectos hambrientos, introduciendo, todos á una, sus aguijones en el cuerpo del moro.



5.—En el pecado llevar la penitencia, — pensaba filosóficamente el naturalista, mientras ponía en salvo su piel; —tú quererlo, tú tenerlo. Yo sólo sentir, que está la caja vacía.



6.—Y cuando volvió á pasar por aquel paraje, no pudo menos que exclamar:
—¡Oh, moro generoso! ¡Gracias! mis insectos estar cuidados perfectamente; ¡nunca haber visto tan gordos!

ANÍS DEL MONO



R. Casas

VICENTE BOSCH BADALONA ESPAÑA